



Más de ochenta mil peregrinos en un solo día acuden al santuario de La Peña para subir, rezando, la larga escalinata que termina al pie de la pequeña iglesia que se alza en la cima. Es tradicional que los peregrinos, mientras dura su ascensión, recen una plegaria por cada uno de los escalones recorridos, hasta cubrir los 360.

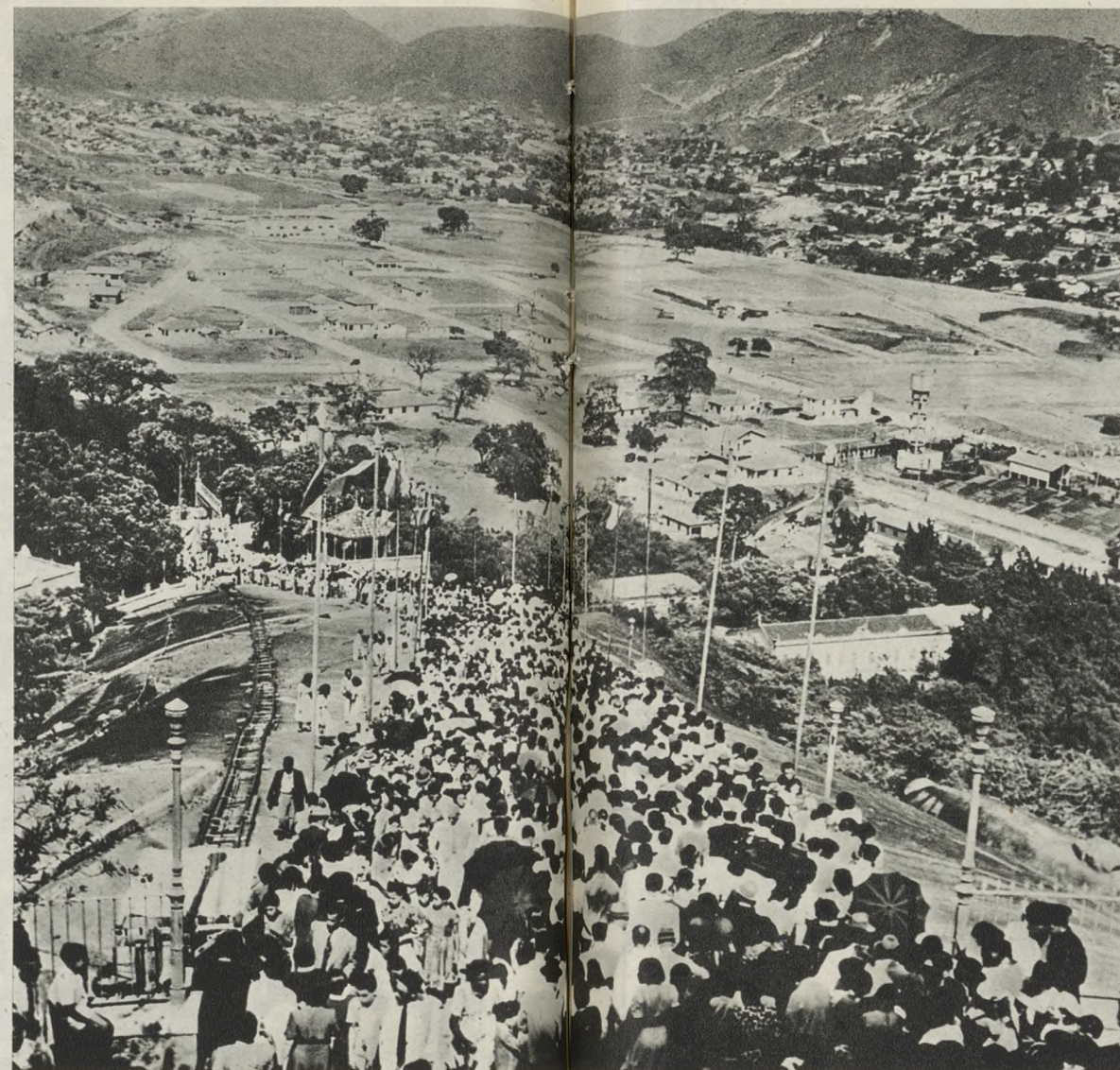
EL CERRO DE LAS 360 PLEGARIAS

LA ROMERIA DE "LA PEÑA", EN EL BRASIL

PARA muchos de los brasileños que hacen su peregrinación a la iglesia amarilla que corona el cerro, la *Fiesta de La Peña* constituye el más grandioso y más solemne de los acontecimientos religiosos del año. Al amanecer se encuentran ya reuni-

dos millares de peregrinos al pie de la elevada peña, y antes de que termine el día 80.000 personas habrán subido los 360 escalones que conducen a la iglesia. A este pequeño santuario acuden representantes de toda la población del Brasil: hombres

blancos, negros y de todos los matices del color moreno; jóvenes y viejos, ricos y pobres, letrados e ignorantes. Todos escalan la larga pendiente, unos a paso rápido y alocado, otros lenta y penosamente, según sean las necesidades que los apremian, su



Este es el magnífico aspecto que ofrece la riada humana el día de la fiesta. Los peregrinos suben hasta la iglesia, que está enclavada en uno de los más característicos paisajes del accidentado suelo brasileño.



Todos los fervores, todas las edades. Este muchacho de doce años sube de rodillas rezando en cada escalón su plegaria. Cuatro horas tardará en cubrir los 360 escalones que le llevan hasta su objetivo.



Un verdadero esfuerzo muscular. Una tensión mantenida firme, como se adivina en el gesto de esta mujer, conduce a los peregrinos. El fervor popular da a la jornada momentos de alta ejemplaridad.

Los peregrinos son pródigos en las variantes de su homenaje y sacrificio. Esta mujer mantiene durante largo tiempo sus brazos en cruz con las velas encendidas, aunque la cera abraza sus dedos.

mayor o menor sentimiento de gratitud por los favores obtenidos o, sencillamente, el grado de fervor de la fe que los anima. Millares de ellos caminan descalzos; se cuentan por centenares los que suben de rodillas hasta la cumbre en largas horas de escalada penosísima, acompañada de plegarias. Estos últimos permanecen al margen de los demás, que se apartan de ellos con un sentimiento de admiración y respeto. Es la fiesta de la Virgen Milagrosa, cuyos actos litúrgicos y ejecuciones musicales están bajo la dirección y vigilancia de las Hermanas de La Peña (asociación religiosa portuguesa).

Pero la romería de La Peña es también ocasión de júbilo y regocijo. La música suena por doquier: música patriótica y tradicional del Brasil, especialmente sambas. Lozanos grupos de muchachos y muchachas descalzos, alumnos de las escuelas de música, reservan para este gran día su primera actuación en público, en la que han de ejecutar sus últimas composiciones. Una vez oída la misa y cumplidas las promesas, el sagrado cerro se convierte en una inmensa mesa de merienda campestre, rumorosa de carcajadas y notas musicales. Son muchos los que emprenden un viaje de dos semanas de duración para asistir a la romería y muchos los que permanecen acampados durante toda la noche para no desperdiciar ni un minuto de aquel gran día. Es ésta una gran ocasión para todo el mundo, incluso para los pordioseros que jalonan la ruta de los peregrinos.

FOTOGRAFÍAS: KEYSTONE NEMES

Esta anciana nativa asiste un año tras otro a la romería después de haber andado sin descanso. Lleva sobre la cabeza un chal típico, tejido por ella misma, que la protegerá del sol de la jornada.

